

LA NOCHE SOBRE LA MONTAÑA

Hay noches que se recuerdan como pesadillas, noches que dejan un poso de angustia, un estremecimiento que perdura por mucho que intentemos sepultarlas. Los detalles se desdibujan, pero la impresión reaparece en los momentos más inoportunos, hasta que ya solo nos queda mirarnos en el espejo, sumergirnos para enfrentar los ecos que nos acechan, abrazar a los fantasmas.

Lucía temblaba sin cesar; temblaba el sofá, y las cinco mantas que la cubrían, podría decirse que la casa entera temblaba con ella.

Yo la miraba y fumaba y pensaba qué podía hacer. Observaba su lividez, el gesto contrariado de sus ojos cerrados, y sin darme cuenta yo también empezaba a temblar.

Estaba muy floja; apenas había comido en todo el día, lo último habían sido un par de galletas y algunos sorbos de un té que le había preparado por la tarde, el único momento en el que pareció estabilizarse un poco. Tras la puesta de sol, no bajaba de los treinta y nueve grados. Era como si el paracetamol no le hiciera efecto; hablaba en sueños, alucinaba. De vez en cuando se quejaba de las piernas, las notaba dormidas, decía.

Creo que era la primera vez que la veía así. Lucía no suele enfermar, de hecho, siempre la he visto como la fuerte de las dos, la que siempre da el callo independientemente de la situación, aunque el concepto de dar el callo es un tanto subjetivo, así que mejor diré que Lucía es la llama y la medida al mismo tiempo. Ahora no puede haber dudas.

El problema de las aldeas, por otra parte, es que tienden a estar en mitad de la nada. P no es una excepción. Hay casi 60 km hasta el hospital más cercano, en Aguilar de Campoo,

una distancia que me obsesionaba, que me impedía calmarme, así que se lo dije: Lucía, si en media hora no te baja la fiebre, nos vamos al hospital.

En realidad, se lo repetí hasta que me escuchó. De primeras se negó en redondo, y volvió a quejarse de las piernas. Me muero de frío, añadió. Aparte de las cinco mantas, llevaba puesto un pijama de invierno, dos pares de calcetines, y un forro polar de cuello alto. La calefacción, por lo demás, estaba encendida.

Dejé junto a la entrada el abrigo y las botas, y esperé. Vistas las circunstancias, decidí liarme cigarros. A minuto por cigarro, pensé, me liaré diez. Después me preparé una tila (otros cinco minutos), me escaldé la boca, y fumé un poco.

Acto seguido le dije que nos íbamos. Me ignoró y arrugó el gesto. Entonces le fui quitando mantas y se encogió en posición fetal al tiempo que la desesperación parecía emanar de su cuerpo como un hálito que lo envolvía todo, o eso me pareció, pues la desesperación también puede ser subjetiva.

Cuando retiré la última manta los temblores llevaban su cuerpo de un lado a otro del sofá, casi como si convulsionara, quebrando su voz en forma de extraños sonidos que se confundían con el entrechocar de sus dientes.

La incorporé y gritó. Le puse el abrigo, un gorro, una bufanda y, por último, las botas.

Lucía es una chica menuda, bajita; le pasé el brazo por la espalda y salimos al exterior, a los cinco grados bajo cero del jardín. Ahora, si quieres, te tumbas en la furgo, le dije abriendo la valla. Las piernas no le respondían, los últimos metros prácticamente la arrastré hasta la furgoneta. Le puse el cinturón, y fui a la parte trasera a buscar una manta.

No volví a verla consciente. O lo que es lo mismo, no volví a ver sus ojos abiertos. Con la cabeza apoyada en la ventanilla, se fue escurriendo conforme conducía, hasta que sus riñones se instalaron en el borde del asiento. Realmente recordaba a una marioneta derribada, una marioneta a la que le han cortado los hilos, bajo una manta cubierta de pelos de perro.

Desde los primeros minutos, me sentí desbordada. Ya no era la enfermedad en sí misma, también me jodía no poder incorporarla, acariciarle la cabeza, decirle ya falta poco al oído.

Bastante tenía con conducir. Porque en aquel momento la furgo estaba en las últimas. Me había dejado tirada en Portugal, y también de camino a P. Pero esta vez había arrancado a la primera, y el embrague parecía aguantar.

Mi cabeza daba vueltas a estas y otras ideas. El cuerpo de Lucía, la posibilidad de quedarnos varadas en la montaña, bajo cero y sin cobertura; mi completa ausencia de control sobre cualquiera de las circunstancias que nos rodeaban, más allá de la conducción. Aunque, precisamente la conducción, constituía la más importante de las circunstancias, la que podía producir un cambio real.

Las carreteras que llevan a P están rodeadas de pastos y bosques; no hay quitamiedos, en realidad no hay nada, porque P está en mitad de la nada. Aquella noche relucía la escarcha sobre el asfalto, la noche se elevaba sobre nosotras como el Curavacas, una sombra que no se ve pero se intuye.

Hasta aquel momento nunca había percibido aquella atmósfera en el pueblo. Inconscientemente lo identificaba con la calma y la celebración, con las estrellas puras y la música, con la libertad y el amor, con la confianza y la conexión con la naturaleza, una naturaleza que de pronto se reveló tenebrosa, como un túnel enorme, un túnel larguísimo que nos conduciría al hospital y que yo debía recorrer sola, pues conforme pasaban los minutos la sensación de perder a Lucía se intensificaba, su conciencia como un puñado de arena que se desliza entre los dedos.

Nuevamente regresaron los fantasmas de la ansiedad, recordé mis bajones de tensión al empezar a conducir, mi problema con las luces, las paradas en apartaderos que parecían diseñados solo para mí.

Y al mismo tiempo, el trazado me impedía perderme en estas ensoñaciones: curvas pronunciadas, cambios de rasante, los robles que acaparaban la luz de la luna y exponían los viejos focos de la furgo. Y luego también Lucía bamboleándose inerte, completamente pálida, vencida.

Pasamos dos pueblos a toda hostia. Encendí un cigarro y al instante tuve que tirarlo del mareo. Las lágrimas rodaban por mis mejillas; Lucía no respondía y ya no me atrevía a tocarla. Llegar al hospital, y nada más.

Los pinchazos en el pecho me llevaban a imaginar la furgo estampada contra cualquier árbol, nuestros cadáveres devorados por carroñeros, o quizá, con un poco de suerte, descubiertos por algún vecino que pudiera proteger nuestra piel, nuestros cuerpos, me dije, aunque acto seguido pensé qué más da.

Procuraba que mi cerebro prestara atención a las curvas, a la noche, y no a mi cuerpo: el pulso acelerado, la tensión descontrolada, la percepción de que la luz se apaga, de que no es suficiente.

Y entonces las curvas cesaron y llegó la parte de las rectas. Mi primer error fue pisarle a fondo, pues la primera recta atraviesa una explotación ganadera, y tardé más de lo normal en divisar las vacas en mitad de la carretera, aquellos cuernos gigantes recortados sobre el horizonte azulado de la montaña, el frenazo que acabó por escurrir del todo a Lucía hasta el suelo.

En realidad, la parada me vino bien. Recoloqué a Lucía (la tumbé lateralmente, la arropé), y aproveché para respirar mientras las vacas se quitaban del medio. Jamás había visto unas vacas con unos cuernos tan grandes. Miré a través del volante: apenas habíamos recorrido cuatro kilómetros.

Pensé en la música. Cogí otro cigarro; lo mantuve entre mis labios, pero no lo encendí. Recordé la noticia de que Mozart reduce la densidad de pensamientos. No me vi capaz de conectar el móvil al Bluetooth y después buscar Mozart en algún lado sin perder el control del volante. Puse la radio. Tertulia soporífera en Radio 3. Publicidad en la Ser. Y nada más, porque la antena dejó de encontrar señales.

Pensé en Lucía. Me di cuenta de que, con el susto de las vacas, la había recolocado y manejado como una muñeca, sin pararme a buscarle el pulso o a comprobar su respiración. ¿Por qué debía pensar aquello? ¿Por qué coño no iba a seguir respirando? No me atreví a comprobarlo, a pesar de que tan solo tenía que alargar la mano. A partir de aquel momento, no pude parar de pensar en su palidez. Por otro lado, me dije, Lucía siempre ha sido más bien blancuzca, te estás emparanoiando. Visto con perspectiva, no tenía ningún sentido pensar que estuviera muerta; tenía fiebre, una gripe bastante fuerte,

me decía, eso es todo. Y sin embargo, me obsesioné con la posibilidad de que muriera de camino al hospital.

Atravesé otro pueblo y llegué a un stop; giré a la izquierda. La nacional se abrió ante mí como una línea infinita que conducía a la más plena de las oscuridades, una recta que los focos de la furgo desvelaban como un sueño que se enturbia.

Las largas avivaban la sensación de falta de control, mi terror a la conducción nocturna, aunque visto con la calma que la inmovilidad brinda, la ausencia de luz nos obliga a centrarnos en el presente: de nada sirve mirar por el retrovisor o intentar desentrañar los márgenes o el fondo de la carretera, la única certeza es la oscuridad y los dos metros que transcurren raudos frente a la luna.

Céntrate en lo que ves, me dije. Me imaginé desde fuera, y por unos segundos sentí algo semejante a lo heroico. Acto seguido experimenté el horror. También la inmensidad, o una profunda soledad, que en ocasiones es lo mismo. Me sentí frágil, expuesta ante el mundo. Las lágrimas empañaban mis ojos, filtraban la noche, y lo único que debía hacer era sujetar el volante, mantener la rueda izquierda paralela a la línea. Realmente, más que sola, me sentí vacía, insignificante, pensé que no había nada por lo que luchar, que si Lucía había muerto yo no tardaría en acompañarla: me veía incapaz de afrontar la montaña sin ella.

Una recta interminable. Céntrate en lo que la furgo devora, me dije al tiempo que la monotonía incrementaba una angustia que no era ajena a la belleza del momento, a la adrenalina de quien sabe que sus decisiones son vitales, y precisamente esta certeza me producía ansiedad, una ansiedad que fue adquiriendo distintas formas; cuando conseguía obviar el dolor en el pecho, llegaban los mareos, y cuando me convencía de que no me desmayaría, era la falta de aire y los hormigueos en las manos.

Machaqué los botones de la radio hasta encontrar música comercial con interferencias. La furgo vibraba lanzada a ochenta por hora al son de una Shakira un tanto perturbadora, y por el rabillo del ojo veía que el cuerpo de Lucía también vibraba, que su brazo se movía hasta quedar colgado junto al asiento.

No pienses, me decía, vacía la cabeza, silencio, ¡shhhhhh!, pero era inútil, así que evoqué el tren que siempre me ayuda, pues cuando medito me imagino sentada en una silla de camping, sentada en un prado verde frente a unas vías atravesadas por un tren interminable cuyo ruido y movimiento constante arrastra mis pensamientos y produce algo semejante al silencio o a un estado contemplativo que me calmó fugazmente.

Pero al poco pensé qué sería de mí si Lucía moría, cómo reaccionaría, imaginé el velatorio y el funeral, y me sobrevino un pinchazo en el corazón, una especie de crujido muy doloroso que me recordó a cuando me quedé pegada a los cables pelados del amplificador en una jam, lo que me llevó a pensar que yo también iba a morir; que me iba a dar un infarto en cualquier momento y a saber qué coño iba a ser de nosotras, al menos moriríamos juntas, me dije, o al menos en esta carretera nos encontrarían fácilmente, a no ser, me dije, que del accidente se prenda fuego la furgo y ardamos, lo que, por otra parte, también es un final bello.

Mantener la rueda junto a la línea. Mantenerme, evitar el caos. Ignorarlo. Convencerme de mis capacidades.

En ocasiones recibía estímulos suicidas, como dar un volantazo brusco hacia la derecha. Imaginaba las consecuencias, las vueltas de campana, la furgo como un acordeón. Nos imaginaba atrapadas.

Es algo que me pasa cuando me asomo a lugares muy altos. Siento una especie de atracción, evoco los sueños en los que caigo decenas de metros y despierto en el último momento. También me ocurre al cortar cebolla con el cuchillo grande que compré para la nueva casa. Imagino cortes, la sangre manando brillante. Y entonces canto. Es una reacción instintiva. Imagino una barbaridad, la rechazo, y lo absurdo del proceso me lleva a vocalizar cualquier cosa.

Al recibir los estímulos suicidas, por supuesto, canté. Tararéé letras de Shakira y de reggaetón que odio conocer. Mi cabeza bullía, y yo acabé viéndola como una tetera cuya válvula de escape era mi boca. Aullé. Hubo un punto en que me descojoné. Encendí un piti. Esta vez no me mareé, lo cual me llevó a pensarlo y a emparanoiarme, lo que a su vez me llevó a mirar a Lucía y a pensar de nuevo que estaba muerta. ¿Lo estaba?

© del texto: Mateo Martínez Martija, 2026
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2026
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: ??? de 2026
ISBN: 979-13-992567-1-0
DL: L 784-2026
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.